

# PUEBLO Y EJERCITO

**G**RAN parte de los últimos ciento cincuenta años los hemos pasado los españoles dirimiendo nuestras diferencias en los campos de batalla, haciendo caso omiso de esa verdad redonda, que acuñara en frase feliz el poeta Ibn Hazm de que «la flor de la guerra civil es infecunda». Nostálgicos de la violencia, y fanáticos irreductibles, no vamos a negar que aún quedan por la piel de toro, pero, ciertamente, son una minoría marginal, aislados de la corriente y de la marcha general del país y divorciados del sentimiento de España de ahora mismo. España ha cambiado de mentalidad, fundamentalmente porque la estructura de la sociedad española ha experimentado una transformación profunda en su propia esencia en los últimos años, ensanchando la base de una clase media que, sin duda, es la parte más importante de España, cuantitativa y cualitativamente. Y esta clase media, culturalmente civilizada, económicamente liberada de la alpargata y políticamente madura, está por las sendas de la moderación, el equilibrio, la reforma de cada día y, en ningún caso, por el salto revolucionario o, lo que sería más grave, por la guerra civil. Por lo que hay que pensar con lógica que la contienda civil de 1936 a 1939 ha sido felizmente la última y dolorosa expresión de los demonios familiares hispanos.

Por si todo lo anterior fuera poco, hay que decir muy claramente que el Ejército español de hoy día no siente la menor tentación por el pronunciamiento o la aventura golpista. Lo ha dicho claramente en Las Palmas, con indudable acierto, el presidente del Senado, don Antonio Fontán, al elogiar el ejemplar comportamiento del Ejército en los tiempos siempre difíciles de la transición, guardando un exquisito respeto por la legalidad y siendo, además, el respaldo moral indispensable para hacer el cambio hacia la democracia en paz, en orden y con las garantías imprescindibles.

El Ejército español está hoy día integrado por hombres de mentalidad abierta, concededores profundos de la más moderna tecnología bélica y con la conciencia muy clara de que al ser integrantes de la columna vertebral del país, su lugar está en dar apoyo a lo que el pueblo —y el Ejército no es otra cosa que el pueblo en armas—, desde su plena soberanía, elija como futuro para organizar sus destinos.

No, como ha dicho Fontán, nuestro Ejército no tiene vocación de «golpe de coroneles», y no la tiene, fundamentalmente porque los niveles de disciplina de las Fuerzas Armadas son hoy muy elevados, en contraposición con tiempos no tan lejanos del siglo pasado. Nunca resulta ocioso resaltar, una vez más, el ejemplar comportamiento de nuestros militares, que están dando y han venido dando en los últimos años una lección de prudencia, buen sentido y laboriosidad fecunda en beneficio de la sociedad. Desde esta óptica, de cara al futuro, queda despejado nuestro horizonte más inmediato, desde la esperanza cercana de que, por fin, los españoles articulemos nuestro modelo de convivencia desde la libertad, la solidaridad, el entendimiento y el respeto mutuo.